

Recuerdos de San Martín

Eran los sarmantindarras, cuando el barrio estaba aislado del casco urbano y separado de éste por las murallas, gentes con unas características especiales que les diferenciaban de los koxkeros (bautizados en San Vicente) y de los joshemaritarras (bautizados en Santa María). Tenían fama de ser de carácter alegre y jovial, campechanos, valentones y sumamente generosos.

En tiempos lejanos los naufragios en la costa eran frecuentes ya que al no disponer las embarcaciones de la seguridad de nuestros días, los temporales se cobraban constantes víctimas entre los tripulantes y bogadores de bergantines, caleras, botes... y los restos eran arrastrados por el mar hasta la playa. Los sanmartindarras estaban siempre dispuestos a prestar ayuda y si era preciso trabajaban para desembarancar a navíos que habían llegado hasta la playa y estaban inmovilizados en la arena.

Un viejo cronista de la ciudad, **José Zapirain Irastorza**, cuenta como demostración del elevado número de naufragios en los que habían colaborado los vecinos de San Martín, que con los restos de las maderas de los buques se habían construido varias casas en el barrio y parte de la plaza de toros que a mediados del pasado siglo se levantó donde hoy está el mercado de San Martín.

La carretera que conducía a Ayete dividía el barrio en dos, San Martín alto y San Martín bajo, y aquel camino era muy frecuentado por los amigos de la sidra. En efecto, por allí iban a las sidrerías que había en toda la zona hasta las proximidades de Hernani y que eran famosas por la calidad del rico zumo que servían. Tales eran «Izturin», «Munto», «Errandonea», «Cachola», «Calenea», «Oriamendi», «Santa Teresa»... Sucedió a veces que aquellos sidreros estaban tan a gusto charlando y bebiendo que no se daban cuenta de la hora y cuando llegaban de regreso a San Sebastián se encontraban cerrada la Puerta de Tierra. Entonces el buen corazón de los sanmartindarras les acogía en sus casas dándoles aposento. A partir del derribo de las murallas, la Puerta de Tierra no era el reloj fático que señalaba la hora de volver al hogar.

Al comenzar el derribo de las casas del viejo barrio desapareció el lugar donde los chicos practicaban sus juegos de pelota «perrachas», «kinkiñas», «atrakapuch»... y la misma suerte le cupo a la pequeña plaza en la que todas las semanas había mercado. También desapareció el cementerio, que se hallaba donde hoy se alza la Audencia y la manzana en la que están las Siervas de María. Había un sepulturero nombrado por el Ayuntamiento encargado de la limpieza de las sepulturas. Hacía los hoyos a seis pies de profundidad y siempre tenía el sepulturero abiertos a prevención dos hoyos, uno de adultos y otro de párvulos. El Campo Santo tenía una sola puerta y una sola llave. Esta se hallaba en un sitio determinado a fin de que pudieran hallarla las personas que quisieran entrar en el recinto. El 30 de abril de 1879 tuvo lugar el traslado de los restos del cementerio de San Martín al nuevo de Polloe y el 28 de junio de 1887 los de San Bartolomé y el Antiguo.

No se puede escribir sobre el viejo barrio sin aludir a la fondataberna «Sebastopol» que regentaba **Vishenta, viuda de Ariscorreta**, maestra en el arte culinario. Allí se daban cita los errikoshemes y en más de una ocasión fue comensal **Jose Maria Iparraguirre**, que entonaba sus zortzicos acompañado de su guitarra.